



OPUS DEI

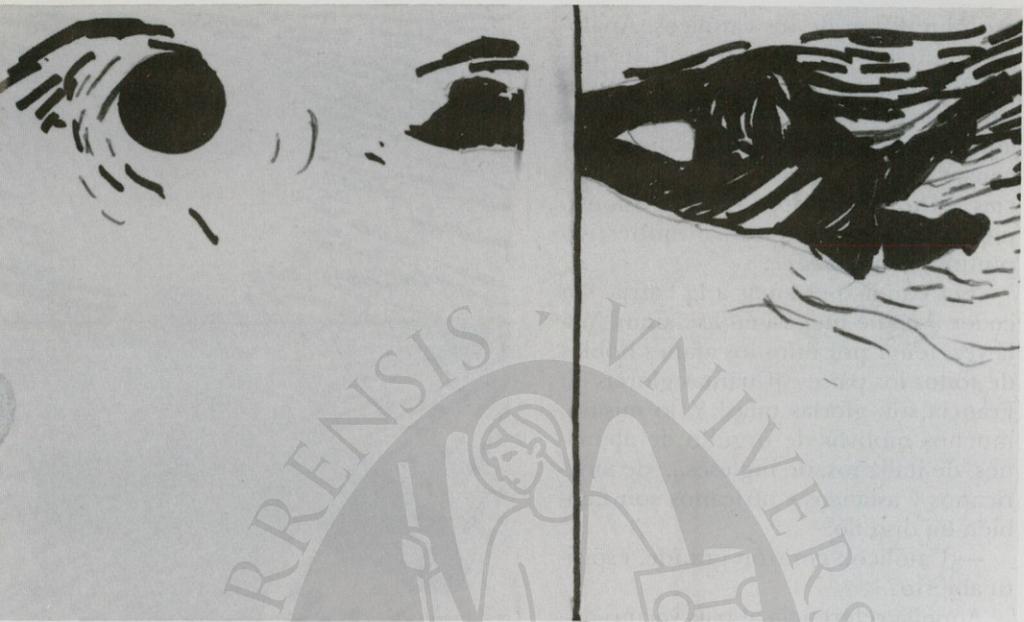
AQUEL MEMORABLE ENCUENTRO DE FÚTBOL

DANIEL INNERARITY ■ *No es fácil hacerse cargo de la novedad que supuso el amor a la libertad que predicó y vivió constantemente Monseñor Escrivá de Balaguer*

Las cárceles de la Segunda República se llenaban de jóvenes idealistas, poco acostumbrados a los formalismos de la estrenada democracia, incapaces de conciliar sus ilusiones políticas con el respeto a quienes no las compartían. El compromiso social, inequívoco y hasta sacrificado, escondía una porción de odio y resentimiento. Una peculiar manera de traer el cielo a la tierra parecía hacer imposible la convivencia de ideas contrarias. En el patio de aquella prisión, el corro de los católicos miraba con recelo al grupo

de anarquistas que se atrincheraban en la esquina opuesta. Entre los primeros circulaba un subversivo ejemplar de los Evangelios, mientras estos devoraban las obras de Bakunin y estudiaban el manejo de explosivos, esperando la oportunidad de volver a la acción.

Un joven sacerdote llamado **Josemaría Escrivá de Balaguer** acudía a la cárcel para atender a cuantos lo solicitaban. Supongo que les daría consejos de aquellos que no son especialmente llamativos, por corresponder a su condición. Pero uno de ellos debió sor-



prenderles y hasta es posible que alguno lo considerara como una traición. Les recomendó que jugaran a fútbol con los anarquistas, pero no unos contra otros sino mezclados. Aquel sacerdote, joven y apasionado como ellos, no era un extravagante entrenador de fútbol, ni un visionario de la fraternidad universal, sino simplemente un sacerdote de Jesucristo.

Me gusta imaginar el primer encuentro. Al estupor ante esa singular mezcla debieron suceder los vínculos que despierta el proyecto común de ganar un juego tan serio. Debió ganar el equipo de los anarquistas y católicos al de los católicos y anarquistas. El gol decisivo lo marcó un católico madrileño a pase de un anarquista asturiano. O quizá fuera al revés. Es igual, pues los goles conservadores o libertarios tenían el mismo valor. En cualquier caso, en aquel patio carcelario se estaba fraguando una revolución cuyas consecuencias no adivinaban los jugadores. Los padres conciliares del Vaticano II, de haber conocido este pe-

culiar acontecimiento, lo hubieran tenido que citar con admiración en alguna de las constituciones. Tuvieron que pasar muchos años hasta que aquel "encuentro" —malgrado por acontecimientos posteriores que todos conocemos— dejara de ser una osadía provocada por el consejo de un soñador al que ahora la Iglesia reconoce la prudencia y valentía heroicas de un hombre venerable.

Espíritu abierto

No es fácil hacerse cargo de la novedad que supuso el amor a la libertad que predicó y vivió constantemente Monseñor **Escrivá de Balaguer**. Para entenderla, habría que tener en cuenta el ambiente de aquellos años: atrincheramiento mental, división de la sociedad en bloques, llamadas a la unidad —uniformidad— política de los cristianos, nacionalismos estrechos... En este clima, la invitación al ejercicio personal de la libertad retumbaba como un bombazo y desconcertaba a quienes no podían entender el legíti-

mo pluralismo de los católicos. Análoga inquietud despertó el espíritu universal y abierto de la Obra, tan contrario a los patriotismos triunfantes de aquella época. No es extraño que un censor franquista recomendara —gracias a Dios, sin éxito— la supresión o modificación de aquel intempestivo punto 525 de *Camino*:

“Ser católico es amar a la Patria, sin ceder a nadie mejor en ese amor. Y, a la vez, tener por míos los afanes nobles de todos los países. ¡Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y, lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses..., de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo.

—¡Católico!; corazón grande, espíritu abierto”.

Aquella referencia al país vecino disgustaba en los círculos del nacional-catolicismo, pues sonaba a claudicación frente al enemigo tradicional, el emblema por entonces de todo lo malo: modernidad, pluralismo, libertad política. La resistencia a cambiar este punto es un indicativo de la magnanimidad y liberalidad de su autor, de ese amor a la libertad que quiso entregar a sus hijos como la herencia humana más valiosa. Era consciente de que chocaba con su tiempo, de que se adelantaba a su época, pero es propio de los santos enfrentarse con los usos y costumbres de una cultura, cuando no está a la altura de las exigencias cristianas. Por haber recordado que el tesoro de la libertad es una señal de la confianza de Dios en los hombres y que no es legítimo recortar esa libertad, el mensaje de Monseñor **Escrivá** irrumpió con fuerza inusitada en aquellos primeros años, pero su grandeza de espíritu será siempre fecunda y en todas las civilizaciones.

Asuntos y decisiones personales

La libertad de los católicos en la vi-



da pública suele entenderse reductivamente como el derecho a elegir y comprometerse entre las distintas posibilidades de acción política, compatibles con la fe católica. Para llegar a esta conclusión no hacía falta más que un poco de sentido común y de sensibilidad democrática. Dios no parece haberse servido del Fundador del Opus Dei para recordar únicamente este derecho a la humanidad desmemoriada. Libertad significa, además, considerar que todas las circunstancias humanas —con sus incertidumbres y peligros— han de interesar a un católico corriente, que no encubre su pereza con el gesto de unas preocupaciones “más elevadas”.

No hay miseria, alegría, injusticia, pasión o sufrimiento que le sea indiferente. Y en este compromiso habrá de encontrarse con todos los hombres de buena voluntad que quieren un mun-



do mejor y no se resignan a dejar las cosas como están; es decir, mal en la mayoría de las veces.

El mensaje de libertad del Fundador del Opus Dei sonaba en la España de los años treinta a claudicación y herejía, inquietaba a los gobernadores civiles de los cuarenta, fue el demonio que combatieron los falangistas de los cincuenta y que estigmatizaron ciertos intelectuales recién convertidos a la democracia cuando en los años sesenta algunos tecnócratas —en ejercicio de una libertad por un ideal que respeto pero no comparto en absoluto— acudieron a reflotar un país que no avanzaba en virtud de un régimen que no daba más de sí. Ese aire fresco de libertad sigue chocando todavía hoy en los rancieros ambientes de una cultura que es menos liberal de lo que dice y parece. Sorprende a quienes no saben pensar sin etiquetas y desprecian el valor

de la libertad personal. Hoy ya no se habla de confabulaciones judeo-masónicas, pero la mentalidad que estaba en el origen de esas obsesiones continúa alojada en el cerebro de algunos. ¿Es tan difícil de entender que un miembro del Opus Dei no se represente más que a sí mismo cuando, con más o menos acierto, toma una decisión política, opina de una determinada manera o elige su lugar de vacaciones? El Opus Dei no le ayuda a elegir ni a opinar, como tampoco tiene agencias de viajes. Si le va bien o mal, es asunto suyo, de su estricta responsabilidad, tan suya como la libertad de la que hace uso muchas veces al día. Como el gol de aquel memorable encuentro, que no fue metido ni por el Vaticano ni por la Segunda Internacional, sino por un anarquista asturiano a pase de un católico madrileño (o al revés).■